CANTO PRIMERO.

Profética Verdad, fúnebre, umbría
Absórbeme en el mar de tus fulgores!
Enardecido en sacra poesía
La Madre he de cantar de los Dolores.
Aun el viento responde á la voz mia
Con suspiros y lánguidos temblores;

Naturaleza invítame al lamento.....
La Madre, el Hijo, el monte del tormento!....
Vírgen, de tu Hacedor engendradora!
A tu duelo ¿qué duelo se asemeja?
Quísolo la Potencia creadora,
Porque él lavada la ignominia deja;
Quísolo el Verbo, á quien la bienhechora
Llama de amor así se lo aconseja;
Y así te lo infundió, cuando á ti vino
Como al cristal el rayo diamantino.
Desde aquel dia por vision verídica
Todo mal á tu pecho desplomóse;
Y de nuevo amargor mirra fatídica
De tus piadosas manos destilóse.
Cuando perdiste la natal, davídica
Ropa por furia hostil, y figuróse
Tu martirio letal, y el negro manto
Te ciñó del terror, ¿cuál tu quebranto?

¡Ah, que á la cumbre funeral subiendo
Ya vas de acerba angustia palpitando!

Y miras, oh dolor! gemir pendiendo
Víctima el Hijo tuyo en leño infando:
Rásgante el pecho, oh Madre! en choque horrendo
Virtud y amor luchando y reluchando;
La cruz abrazas, y en la faz del Hijo,
Como él en ti, queda tu rostro fijo.
Los miembros que fajando acariciabas,
Ài Madre! mira rotos y sulcados;
Y los labios, do el néctar destilabas,
Lívidos, sanguinosos, desflorados:
La sien destrozan mil espinas bravas
Al que coronan cielos estrellados.
Mira el pié á quien la eternidad se humilla,
Y la mano por quien el astro brilla!
Y tú no lloras? ¡Oh saeta horrible,
Que á la Señora atravesando el ánima,
En ella imprimes llaga tan terrible
Que en su desolacion está magnánima!
Y absorta por amor incomprensible
En su Jesus, con él hácese un ánima;
Y en su afliccion con él toda se abisma,
Y en su afliccion morir quiere ella misma.
Si de dos vidrios cóncavos radiante

Hiere al uno centella de luz viva,
Veloz repercusion reverberante
Reflejada en el otro se deriva;
Y de un arpa con otra concordante,
Si la una se estremece, en la otra aviva
Idéntico tremor y voz canora
La despedida vibracion sonora:
Así á la tierna Madre martirizan
Cuantas al Redentor penas abrasan.
Si sus nervios los clavos tiranizan,
A ella el amante corazon traspasan;
Si espinas en sus sienes se encarnizan,
El pecho maternal sus puntas pasan.
Por reciprocidad de amor unánimes
Doblan la angustia agonizando exánimes.
Tansolo la virtud que en ella mora,
Al inmenso dolor pone barrera:
Como altísima márgen triunfadora
Reprime al onda redundante y fiera,
Que hinchada con las lluvias, bramadora
Saltar pretende de su lecho afuera;
Así virtud de inamovible calma
Resiste al duelo, circundando el alma.

Resiste sí; mas la hórrida bravura
No abrevia del dolor, no disminuye:
Aunque roida por la angustia dura,
La desmayada flor no se destruye.
Morir le fuera plácida dulzura,
Que al fin quien muere, de penar concluye.
Ai, ai, para penar tansolo vive!
Siempre muriendo, en el dolor revive!

Ya el ánima de Cristo se replega:
Se enmarillece su semblante santo:
La muerte en torno de la cruz desplega
Sus negras alas trémulas de espanto;
Con prepotente voz el alma entrega
Al Padre el Verbo. ¿Cubre con su manto,
Hostia de amor! la muerte tus despojos,
Y nos cierra, ai dolor! tus dulces ojos?
Tú no le sigues en morir, María?
Y aun quieres mas dolor? ¡Ai, ai, que miro
Impresa en tu semblante tu agonía,
Como quien lanza el último respiro!

Con fúnebre esplendor tu ánima umbría
Aparece en tus ojos, y el suspiro
Hiélase ya en tus labios; no suspiran.
Fijos tus ojos en la cruz..... qué miran?
Miran la llaga palpitar hirviente
Del corazon que al pecador indulta;
El amor miran que derrama ardiente
La última sangre que en su seno oculta;
Ahondarse miran de Jesus paciente
La herida, al ver que ciego se sepulta
De nuevo el hombre en el mortal delito,
Hollando á Dios por un placer maldito.
Retiembla de dolor naturaleza,
Y en iras de venganza se embravece;
La luna en sangre esconde su clareza;
El sol con luto horrendo se ennegrece;
Rómpense los sepulcros de tristeza;
Una legion de sombras aparece;
Revístese de vida el polvo frio;
Y en su culpa letal duerme el impío.
El mar se arremolina, y rebramando
En la playa vecina espumajea;
Los montes se derrumban retronando;

Arde el cielo en furor, relampaguea:
Su torva vista en saña encandilando,
Con erizada crin que serpentea,
En pos del crímen va el espanto fuerte,
Y al pecho estámpale de Dios la muerte.

¿Te lanzó adónde el orgulloso anhelo,
Del linaje humanal madre primera?
Por ti la muerte al Príncipe del cielo
El corazon desgarra carnicera;
Por ti el rigor de inconsolable duelo
Maternales entrañas dilacera
A la Señora, mas que el astro pura,
A quien el ángel auguró ventura.
¿Y este gozo su parto le acarrea
A la Madre del Sol de la justicia?
¿A aquella cuyo lirio en flor campea,
Tal corona se debe y tal delicia?
¿Cómo, gran Dios! tu saña no flamea
Mirando del hebreo la malicia?
¿A qué fin en tu diestra el rayo esplende,

Si devorante á la impiedad no enciende?

De los seres posibles la existencia
Tejiendo la eternal Sabiduría
Con el Amor estaba en tu presencia,
Sumo Principio y Fin de cuanto cria
Para su escelso honor tu providencia,
Cuando aun en cáos lóbrego yacia
Naturaleza, que á tu voz potente
De entre la nada levantó la frente.
Allá en la inmensa eternidad vagaban
Mil y mil sombras de infinitos mundos,
Y á tus divinos piés se arrodillaban,
Y con suspiros tenues y profundos
Tu soplo de existencia demandaban.
Mas descubriólos tu deidad inmundos:
Fecundadora rió solo al orbe,
Que aun hoi ingrato tu cariño absorbe.
Mas viendo al hombre en él, polvo execrando
En quien tu imágen esculpir te plugo,
Morder la poma, y su razon nublando

Ponerse al cuello de la muerte el yugo,
Y al Hijo divinal crucificando
De la viüda Madre ser verdugo;
¿Por qué no le dejaste sin ventura
De la vil nada en la insondable hondura?
Dios de la eternidad! de olvido cubre
Mi delirante error: humilde adora
Tus juicios mi razon; mas se le encubre
Tu arcano inescrutable á quien le esplora:
Solo la fe sublime nos descubre
Tus solemnes misterios, subidora
Mui mas que el vuelo de la humana mente,
Que es sombra ante el saber omnipotente.
Y tú, Vírgen de angustias, escogida
Por blanco y fin de soberana idea,
Tú en cuyo gremio se encerró la vida,
A quien ni el infinito la rodea;
Alégrate, que tu afliccion es ida,
Pues la aurora de Cristo ya alborea
En el Limbo; despuéblase el profundo,
Y á la gracia hoi renace el muerto mundo.